

# La Carta

JOSÉ ALFONSO ANTONINO DAVIU

1er Premio del III Premio de Relatos

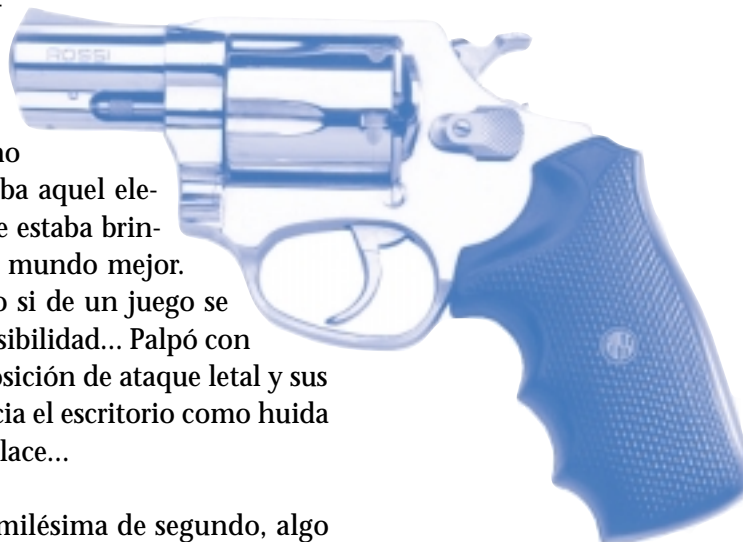
**B**ajó lentamente la cabeza para dejar caer su cansada vista sobre el folio que tenía delante. Un auditorio de más de mil personas clavaban los ojos sobre su frente despejada. Allí estaba lo más granado de aquella enorme empresa, todos reunidos contemplando lo que, en principio, iba a ser una nueva exhibición de magníficos resultados y brillante gestión, aderezada con gráficos crecientes, tendencias alcistas y beneficios apabullantes... Su persona todavía causaba admiración, incluso en sus más acérrimos enemigos. Un símbolo en la compañía, auténtico tiburón de los negocios. Una gota de sudor frío discurrió lentamente por su pálida piel. Las palabras que iba a pronunciar cambiarían su futuro en aquella empresa para la que había trabajado durante los últimos veinte años y en la que ostentaba un puesto de altura, casi de vértigo, de esos que muchos envidian y pocos tienen el suficiente estómago para asumir. Apretando los puños, aspiró fuertemente y, levantando lentamente la vista, se dispuso a abrir la boca por última vez en calidad de director financiero.

Llegó a su casa exhausto y se dejó caer pesadamente en el sillón de su despacho, tras arrojar de mala manera sobre el escritorio el correo que había recogido. Levantó los párpados y tan solo alcanzó a contemplar a través de la ventana las nubes grisáceas que oscurecían el cielo, como una metáfora preludeo de su triste futuro, el futuro de alguien que toca la cima con la punta de sus dedos y siente como tiran de sus pies para arrastrarlo al más profundo abismo. Bien es sabido que si rápida es la subida más aún lo es la bajada. En su caso, la subida había durado veinte largos años, años en los que aquel chaval con la cabeza llena de ideales y sueños que llegara a aquel trasatlántico con nombre de multinacional fuera ascendiendo a base de horas de sueño, de requiebros internos, de nocheviejas canceladas, de ideas brillantes... Años en los que se había convertido en objeto de admiración, símbolo de prosperidad, ideal de masas, pero también en objetivo de envidias y odios subterráneos. Hacía tiempo que de su cabeza pendía una espada de Damocles que, más tarde o más temprano tenía que caer sobre su persona de la forma más pesada y contundente. Tuvo que ser ese contable de aspecto bonachón, aquel en el que había depositado toda su confianza, su brazo derecho, el que le asestara la mortal puñalada. ¡Quién iba a pensar en un desfalco de tamañas proporciones en las propias narices del gran Daniel Martez!

No estaba casado, sino con aquella empresa. ¿Quién iba a estarlo habiendo dedicado más de la mitad de su vida a aquella compañía? ¿Qué esposa lo hubiera soportado? Su vida se reducía a aquel abstracto ente. Ese mismo que le acababa de dar papeleta de la forma más cruel. Las acciones se habían desplomado como un rayo y alguien debía de pagar los platos rotos. ¿Y quién si no Martez, en cuyo departamento habían descubierto el enorme agujero negro presupuestario? Mejor cabeza de turco imposible.

Miró con ojos cansados una antigua foto y pensó en los años malgastados y en su vida arruinada. Qué habría sido de Lisa, su novia de juventud, aquella con la que soñaba comprar una casita en el campo y pasar allí felices el resto de sus días... ¡Qué lejos quedaba aquello!... Se preguntaba cuántos años había estado metido entre aquellas paredes ámbar del edificio insignia de la compañía, cuántas reuniones maratónicas, cuántas noches en vela... casi no podía recordar su vida anterior... Una enorme amargura recorrió lo más profundo de su alma. Sentía que su vida había sido nada hasta ese momento y que él ya no significaba nada para el resto, ni el resto para él. Observó con mirada


fija el cajón derecho de su escritorio. Un repentino impulso le llevó a abrirlo y a sacarla de su interior. La miró con detenimiento y quitó el seguro casi sin valorar el peligro que esto pudiera suponer... Jugueteeó con el arma, acariciándola suavemente con las puntas de los dedos... Quizá a nadie le importara que lo hiciera... ¿Quién era Martez ahora? ¿Por qué sentirse culpable si no dejaba hijos, ni esposa, ni nadie que guardara el mínimo sentimiento de compasión por él? La miró con alegría y temor al mismo tiempo... Qué amarga paradoja encerraba aquel elemento, tan terrible por un lado y que le estaba brindando al mismo tiempo la puerta a un mundo mejor. Se la acercó lentamente a la sien, como si de un juego se tratara... una ruleta rusa sin ninguna posibilidad... Palpó con delicadeza el gatillo, con el cañón en posición de ataque letal y sus ojos, por un momento, se desviaron hacia el escritorio como huida hacia adelante ante el inminente desenlace...



Durante un instante, quizá una milésima de segundo, algo atrajo su atención, lo suficiente para que aquella diabólica secuencia se detuviera momentáneamente... Dejó el arma sobre la mesa y separó del resto de correo ese sobre con profuso colorido que destacaba entre la montaña de recibos, propaganda y demás panfletos que diariamente recibía. Sin pensárselo dos veces lo abrió y durante unos minutos leyó su contenido como absorto... Al terminar, guardó el arma, se miró en el espejo y se dijo que ya era hora de desempolvar su viejo currículum. Un rayo de luz asomó entre las nubes...

El vuelo llegó con retraso al aeropuerto de Barajas. Tras vivir por primera vez la experiencia de un aterrizaje salieron del avión, como ensimismados ante aquel extraño mundo que se abría ante ellos. Mariela se tocó el vientre comprobando que el pequeño también era partícipe de aquella sensación. Cogió la mano de su marido y éste la guió entre la maraña de pasillos hacia el lugar en el que debían recoger su equipaje. Lucas intentaba aparentar seguridad moviéndose en aquel ambiente, tan diferente al que estaba acostumbrado, pero temblaba en su interior como un chiquillo en el primer día de colegio. Nunca había estado en un aeropuerto, mas no sería la primera vez, se dijo a sí mismo. Quería viajar con su familia, enseñarles el ancho mundo, no encerrarse entre las paredes de su viejo Perú.

Tomaron un taxi y le entregaron el papel con la dirección al conductor, que no dejó de sorprenderse por el lugar al que se dirigían. Lucas le conminó a que se apresurara pues no sabía el tiempo del cual aún disponían. Había tomado la decisión de viajar a España en cuanto se enteró. No estaba dispuesto a obviarle y aunque hubiera estado inválido o secuestrado hubiera realizado aquel viaje. Se lo debía.

Lucas había encontrado su primer trabajo como asesor en una empresa familiar. Con su brillante currículum, el primero de su promoción, no había tardado mucho tiempo en conseguirlo. ¡Qué lejos quedaba aquella infancia sumida en la más triste pobreza y desesperación en el altiplano! Conoció a Mariela en la Universidad y, nada más verla, supo que sería la mujer de su vida. Aquella chica con trenzas y tímida sonrisa le cautivó al instante. Fue un noviazgo complicado. Lucas trabajaba al mismo tiempo que cursaba sus estudios en la Universidad Nacional. De esta manera 

contribuía a la subsistencia de sus cinco hermanos. Sus padres fallecieron cuando era todavía un chiquillo y su infancia no había transcurrido precisamente por un camino de rosas. Si no hubiera sido por hombres como aquel al que ahora visitaba la miseria se lo hubiera comido vivo y, a buen seguro, en aquel momento no estaría allí.

Bajaron del taxi y Lucas comprobó que la dirección era la correcta, antes de pagar al taxista. Cargados con las maletas, se aproximaron a la entrada del fastuoso edificio y preguntaron al portero por el hombre al que visitaban. El portero les indicó la dirección a seguir, no sin mirarlos con cierto recelo. Subieron con ascensor. No en demasiadas ocasiones en su vida habían tenido ocasión de hacerlo. Lucas recordó los ascensos diarios en burro a su aldea de los Andes. Por fin, encontraron la puerta y pulsaron al timbre. Un circunspecto criado les invitó a pasar casi sin vacilación. A buen seguro ya había sido informado de la visita por el dueño de la casa, el gran Daniel Martez.

Entraron tímidamente, quedando literalmente estupefactos por la grandiosidad de semejante sitio, tan diferente a las moradas de su patria andina. El sirviente les indicó que esperaran en el comedor de aquella vivienda y Lucas pudo admirar con cierta alegría interior las miles de fotos que adornaban aquella estancia. Fotos de chavales de corta edad, la mayoría de ellos arrancados de la miseria y de la perdición por aquella persona a la que en ese instante visitaba. La ONG Milespérides, impulsada por Martez, se había convertido en la mayor organización española dedicada a la lucha contra la pobreza en la Sudamérica profunda y ya planeaba la expansión a otros continentes. Muchos aún se preguntaban cómo había surgido aquel coloso que arrastraba a miles de voluntarios y colaboradores y que tantas y tantas vidas salvaba cada año.

El sirviente llamó a Lucas y le indicó que pasara al lúgubre dormitorio ubicado al fondo del pasillo. Mariela apretó la mano de su marido, sabiendo lo que aquel momento significaba para él y éste le devolvió una tímida sonrisa, que trataba de ocultar sin éxito el enorme nerviosismo que sentía en su interior, tras lo cual avanzó lentamente por el corredor y entró en la habitación, cerrando aquella pesada puerta a sus espaldas.

La habitación era grande y espaciosa, mas la iluminación era más bien escasa y sólo alcanzaba para admirar parte de su belleza. Cerca de la ventana, sobre una discreta cama yacía un hombre con pelo cano, ya entrado en años y aferrado a un gotero que tenía a su vera. El hombre entreabrió los ojos al escuchar los pasos de Lucas y su cara, agrietada por las muescas de una enfermedad en fase terminal, traslució una sonrisa que parecía atenuar en parte los sufrimientos que sobre él ace-

chaban. Lucas se acercó al borde de la cama y saludó con voz entrecortada;

- 'Buenos días don Daniel, soy Lucas Solano'.

Martez asintió a modo de confirmación e hizo un intento de incorporarse levemente sobre el colchón, mas no tuvo demasiado éxito.

- 'Hola Lucas, te esperaba.'

Sus miradas se penetraron mutuamente, cada una examinando de forma curiosa a aquel otro ser que tanto había significado para el otro y que, hasta esa misma fecha, no había visto en persona.

- '¿Cómo se encuentra Daniel? ¿Tiene solución?'- pronunció con ojos llorosos.

- 'Todo tiene solución, hijo mío, sólo que a veces la solución no es la que uno desea'- dijo Martez con un tono de amarga resignación.

Lucas pareció derrumbarse, pero se mantuvo firme y tomó la mano de Martez.

- 'Querido padre, porque padre he de llamarle, he venido aquí para darle gracias por todo. Se lo dije ya tantas veces por correo, a pesar de su insistencia en que no tenía nada que agradecerle. Sé que, como usted dice, cada cual tiene la suerte o desgracia de nacer en un sitio u otro y depende de la persona el que se conforme con su sino o por el contrario, trate de ayudar a aquellos que no tuvieron tanta fortuna. Mas

permítame que le diga que no muchos disponen de un corazón como el suyo y que es gracias a usted que hoy me hallo habiendo terminado una carrera y felizmente casado con la mujer de mi vida. Vida que no hubiese soñado si no fuera gracias a usted al que le debo gratitud eterna. Y permítame agradecerle esto, no sólo en nombre mío, sino en nombre de tantos y tantos niños, madres y abuelos, a los que usted con su enorme corazón ha devuelto a la vida.'

Una lágrima sincera discurrió por la mejilla de Martez que, acostumbrado durante casi toda su vida a aparentar frialdad, no pudo dejar de emocionarse ante las palabras de aquel muchacho. Haciendo un gran esfuerzo pareció incorporarse levemente.

- 'Lucas, Lucas... qué mayor te has hecho. Y qué felicidad inmensa me das, ahora que no mucho tiempo me queda. Te recuerdo aún siendo un niño con aquella carita de agradecimiento. Yo sabía que valías mucho y acabarías haciendo algo grande... Mas no me tienes nada que agradecer, créeme.'

Lucas sonrió y sacó de su cazadora un álbum de fotos que siempre había deseado enseñar a su padrino. Estuvieron cerca de tres horas recordando, riendo, llorando juntos... Finalmente llegó la hora de la despedida y los dos prometieron volverse a ver, si bien ambos sabían que aquella sería la última vez. Martez no quería que Lucas lo recordara en aquella triste situación y Lucas conocía los deseos de Martez. Su mano se unió fuertemente mientras sus ojos se admiraban por última vez.

- 'Gracias, padre'- dijo Lucas.

- 'A ti, hijo' - respondió Martez.

Tras salir Lucas de la estancia Martez, haciendo un esfuerzo sobrehumano, procedió a abrir el cajón de la mesilla que acompañaba a su cama. No tardó ni un segundo en encontrar una vieja carta, la cual procedió a leer por vez enésima.

- 'Querido don Daniel' - leyó Martez - 'soy Lucas Solano el niño que apadriné. Tengo 10 años y vivo en el altiplano con mis cinco hermanitos. Le doy gracias porque ahora voy a escuela cada día y me paso muy bien con mis amigos y que gracias a usted ahora mis hermanos y yo no pasamos

hambre como antes. Perdone que esta carta no la escriba yo mismo, pero aun no aprendí del todo a leer y escribir. Mas le envío un dibujo con ella y le prometo que la próxima la escribiré por mi mismo.' Lucas.

Junto a la carta aparecía un descolorido dibujo donde se podían ver a seis niños saludando desde unas montañas junto a un gran corazón en cuyo interior venía escrito 'Gracias'.

Martez se miró al espejo, contento de haber podido ver al que otrora evitase que se quitara la vida. Aquel niño que le enseñó que había tanto por hacer que no podía permitirse aquel cruel lujo. Un rayo de luz penetró a través de la ventana.

Ya en la calle, Mariela acercó la mano de su marido a su vientre. Éste sonrió al notar los golpecitos que daba el pequeño.

- ¡Ya está queriendo salir el pequeño Daniel! - dijo Lucas, henchido de orgullo de padre. ❖

